

# El giro del FMI para liderar el cambio climático

HAY QUE AYUDAR A LAS ECONOMÍAS EMERGENTES Y EN DESARROLLO A BUSCAR UN CAMINO BAJO EN CARBONO.

Los mercados emergentes y las economías en desarrollo (Emde) están sintiendo la presión financiera. Dos tercios de los países de bajos ingresos están en situación de sobreendeudamiento o corren alto riesgo de hacerlo, la guerra de Rusia en Ucrania agrava las crisis financieras con altos precios de los alimentos y la energía, y el aumento del costo del capital deja a los gobiernos con poca capacidad fiscal.

Al mismo tiempo, varias Emed soportan la peor parte de una inminente crisis climática a la que contribuyeron poco. Las inundaciones de Pakistán el año pasado causaron daños y pérdidas por más de US\$ 30.000 millones, y se estima que la reconstrucción costará US\$ 16.000 millones. En el Caribe, los huracanes causan regularmente daños y pérdidas equivalentes a alrededor del 100 % del PIB, y el calentamiento global implica que la intensidad y frecuencia de los fenómenos meteorológicos extremos aumentará. Y, sin embargo, con un espacio fiscal limitado y acceso deficiente a mercados internacionales, las Emed no pueden invertir en resiliencia climática.

Como organismo multilateral clave encargado de promover la estabilidad macroeconómica y financiera mundial, el Fondo Monetario Internacional (FMI) se enfrenta a un momento de ahora o nunca para ayudar a facilitar una transición justa hacia una economía resistente al cambio climático y con bajas emisiones de carbono.

Desde que reconoció las implicaciones macroeconómicas del aumento de las temperaturas globales, el FMI publicó una estrategia que describe sus planes para integrar el tema en su trabajo, especialmente en programas de vigilancia macroeconómica y préstamos. En particular, luego de su asignación de US\$ 650.000 millones en derechos especiales de giro (DEG, activo de reserva del FMI) en 2021, estableció el Fondo de Resiliencia y Sostenibilidad (RSF) en parte para apoyar la acción climática en Emde.

Descubrimos que, si bien el FMI ha dado pasos hacia la integración de las consideraciones climáticas, aún quedan brechas en cuatro áreas clave: modelar los riesgos climáticos en su análisis de sostenibilidad de la deuda (DSA); adaptar el asesoramiento sobre políticas a los contextos nacionales; actualizar su conjunto de herramientas de préstamo para abordar los desequilibrios macrocríticos y las catástrofes naturales derivadas del cambio climático; y, con otras entidades, facilitar inversiones para ayudar a

los países a cambiar a un camino bajo en carbono.

La introducción de precios del carbono en el mundo aún es desigual y está mal coordinada con políticas energéticas nacionales, como el aumento de subsidios a combustibles fósiles. Entonces, el FMI debe desarrollar un método para evaluar los efectos de los precios del carbono, que pueden variar dentro y entre países.

El precio del carbono se está adoptando como herramienta para financiar inversiones climáticas. Pero es poco probable que los ingresos reemplacen los producidos a partir de combustibles fósiles. Esto es igualmente cierto para los productores de hidrocarburos como los de América Latina y el Caribe, que dependen de exportaciones de combustibles fósiles para sus finanzas.

Además de ampliar sus actividades de modelado económico para reflejar la realidad de las circunstancias nacionales, el FMI debe alentar medidas como un gran impulso a la inversión (de manera fiscalmente prudente). Esto requeriría que el Fondo modifique su marco DSA para tener una visión más amplia de las necesidades financieras de un país.

Para cumplir con la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible de la ONU, las Emde necesitarán movilizar recursos estimados por algunos en hasta US\$ 2,4 billones por año, más del 2 % del PIB mundial. Más allá de eso, la investigación del FMI ha demostrado que la inversión en sectores amigables con el clima puede ser un multiplicador de crecimiento más poderoso que la inversión en sectores intensivos en carbono.

Pero el marco DSA del FMI no incorpora bien los riesgos climáticos físicos de los países y sus necesidades fiscales para financiar una transición verde. Si bien el Fondo ha tomado medidas para integrar los choques climáticos en su marco DSA, aún se queda corto en vincular negociaciones del programa con la política climática. Hasta que eso cambie, los países carecerán de espacio fiscal para financiar la transición, las inversiones climáticas no se pueden posponer hasta que un país tenga mejor salud financiera. El FMI ha dado grandes pasos. Para maximizar su impacto, debe tener en cuenta los contextos nacionales y adaptar sus modelos. No será fácil, pero garantizar un futuro estable y resiliente al clima no requiere nada menos.

**Rakesh Mohan, Irene Monasterolo y Rishikesh Ram Bhandary** / © Project Syndicate - Nueva Delhi